

vale un rey de Imiar, y el rey de Imiar sabe lo que valen los árabes del desierto. Cuando el rey de Imiar vencido por el etiope y espulsado de su reino llegó á pedir ayuda á tu abuelo, le pareció cosa tan miserable al gran Nuschirvan, que no se dignó tomar las armas en su favor. Dirigióse, pues, á sus vecinos del desierto, que venturosamente correspondieron á sus esperanzas. Así, si no hubiera hallado entre ellos hombres que supieran herir con la lanza y acribillar de dardos á los *abhrar* y estrechar de cerca á los *kuffar*, jamás hubiera vuelto á ver su país.»

Cosroes admiró la elocuencia de Numan, y al despedirle le regaló un traje completo de su guardaropa (31).

(31) Este relato fué traducido en 1839 por Fulgencio Fresnel, que visitó aquella península, observando especialmente las costumbres y tradiciones que puedan servir de comentario á las de la antigüedad. Todavía se habla la lengua de los imiaritas en Mirbat y en Zafar, con gran número de vocablos hebreos: igualmente se han conservado una porción de tradiciones patriarcales. Son completamente distintos los moradores de la ciudad, del campo y del desierto. Los primeros son, como en todas partes, comerciantes, propietarios, artesanos, legistas. Los del campo están reunidos en aldeas y se dedican al cultivo. Los del desierto viven en un todo separados de los demás, siempre libres de dominación extranjera como en otro tiempo los naturales del Assir, país montuoso entre el Hedjaz, el Tiama y el Yemen propiamente dicho. Miran los árabes y los turcos como una de las más difíciles empresas someter á aquellos suizos de la Arabia, á quienes el fervor del islam no indujo á llevar lejos su religión y sus armas. Hacia el Djezan, la circuncisión es una operación atroz, porque se desuella

No queremos dar á esta amplificación más importancia que á aquellas con que los historiadores clásicos han engalanado sus narraciones; pero á semejanza de estas últimas nos revela las costumbres y las opiniones del tiempo: es de tanta más estimación por cuanto tiene doce siglos de fecha y está comprobada con lo que pasa en la sociedad moderna. En efecto, los árabes se adhieren en extremo á sus usos, como todos los pueblos orientales, y continúan su antiguo género de vida (salvo el infanticidio) en las comarcas donde no han penetrado los turcos: especialmente los anazes al Norte de la península y los jafes, soberanos del Adramot, últimos representantes de la independencia ismaelita.

toda la parte cuando el hombre es ya adulto, y en presencia de su novia, que le rechazaría si lanzara un gemido. Estos montañeses detestan á los turcos, y no desperdician ocasión de arrojarle hacia el Mediodía sobre el Yemen, y al Norte sobre el Haram sagrado. El Yemen está repartido entre muchos chaiques, y sus moradores, lejos de aborrecer á los extranjeros, no desean en su molición más que depender de un gobierno bastante fuerte para protegerlos. En su consecuencia el bajá de Egipto mantiene fácilmente en sumisión á las opulentas ciudades del Yemen, á la par que no hace la guerra á las pobres aldeas del Assir más que para asegurar el paso de las caravanas. También eluden su dominación los vahabitas orientales que moran entre Medina y el Nedjid. Esta población, que une la vida del beduino á la del agricultor, posee los mejores caballos y camellos sin número, con los cuales huye al desierto cuando el virey pretende reclutar gente para sus ejércitos. Véase el *Boletín de la Sociedad de geografía*, mayo y junio, 1839.

CAPÍTULO II

MAHOMA.

Habia en la tribu de los coreichitas, descendiente de Ismael, hijo de Abraham, y una de las principales entre los árabes, como ya hemos dicho, porque estaba encargada de la custodia de la Kaaba, una familia ilustre, la de Haschem, que durante una gran carestía había empleado sus riquezas, ganadas en el comercio, en mantener á los habitantes de la Meca. Abdol-Motalleb, su hijo, defendió la ciudad en una ocasión en que fué invadida por los abisinios. Vivió ciento veinte años, y engendró seis hijas y doce hijos, entre los cuales era objeto de su predilección Abdalá: éste debía ser inmolado á consecuencia de un imprudente voto hecho á los dioses de la patria; pero Abdol rescató su vida al precio de cien camellos. Este era el más gallardo entre los hijos de Ismael, y cuando se casó con Amina, flor de la ilustre familia de los Zaritas, se murieron de celos doscientas doncellas.

En la solemnidad con que se celebra el nacimiento de un hijo varón, quiso el abuelo que se diera al recién nacido, único fruto de este enlace, no un nombre usual en la familia, sino el de Mahoma (1), en la confianza de que Dios había de

glorificarle. A los dos meses perdió este niño á su padre, y á su madre á los seis años, y quedó sin más herencia que cinco camellos, una esclava negra y la protección de Abdol-Motalleb. Este le recomendó al morir á Abu-Taleb, su hijo, que vino á ser jefe de los coreichitas y el primero de la Meca. Le dedicó al comercio, y á la edad de doce años le llevó consigo á Siria. Allí, en un monasterio de Bosra, un monje nestoriano, llamado Bahira ó Sergio les acogió cortesmente, asombrado de las respuestas sensatas, de las expresiones precisas y de la sinceridad del joven; le predijo un porvenir glorioso, é invitó á su tío á que le preservara de las asechanzas de los judíos (2).

BOULANVILLIERS.—*id.* Londres, 1730.

J. GAGNIER.—*id.* Amsterdam, 1732. La primera es una diatriba; la segunda un panegírico; la tercera es la mejor de todas.

SAVARI.—*Compendio de la vida de Mahoma*, París, 1783. OELSNER, *Mahoma*, Memoria coronada por el Instituto de Francia en 1809.

BREQUIGNY, *Disertación sobre la fundación de la religión de Mahoma y de su reinado*. Memoria de la Academia de las Inscripciones, tom. XXXII.

SILV. DE SACY, *Vida de Mahoma en la Biografía universal*.

RAMPOLDI.—*An. musulmanes*, Milan, 1822.

MILL, *History of Mohammedanism*.

W. C. TAYLOR.—*The history of Mohammedanism and its sects, described chiefly from oriental sources*. Londres, 1834. Considera el islamismo como una mezcla de las doctrinas hebraicas y cristianas.

HAMMER-PURGSTALL, *Gemäldeaal der Lebensbeschreibungen grosser moslimischer Herrscher der ersten sieben Fahr der Hidseyret*.

A. SPRENGER.—*Das Leben und die Lehre des Moham-med: nach bisher grösstentheils unbenutzten Quellen bearbeitet*. Berlin, 1861.

(2) Cuéntase que este Sergio fué el principal autor del

(1) *Mahamad*, alabado, glorificado: tuvo por sobrenombre *Abul Cassem*. No se sabe á punto fijo la fecha de su nacimiento, que se supone de 570 á 578. Los almanques musulmanes la fijan el día 12 del mes Rabie primero.

No poseemos una sola vida de Mahoma escrita por contemporáneos. El mejor de sus biógrafos, ABUL FEDA.—*De vita et rebus gestis Mohamedis*, ed. Reiske. Copenhague, 1789 vivía en el siglo XIV. La más segura fuente es el Coran, aunque también algunos doctores han puesto en duda su autoridad.

Véanse EL MACIN (EL MAKHIN).—*Historia saracénica arabice et latine*, edic. Erpenio. Leida, 1625.

PRIDEAUX.—*Lite of Mahomet*. Londres, 1697.

Cuando llegó á la edad viril peleó contra los quenanitas y los avazenitas, árabes que habían violado el sagrado territorio de la Meca, y dió pruebas de gran denuedo. También acreditaba un talento juicioso en la conversacion de los principales ciudadanos que se reunían en casa de su tío. La ingenuidad característica de sus palabras y de sus obras, había hecho que se le apellidara por ellos el *Sincero* (*Al-Amin*). Habiendo incendiado una mujer la Caaba al quemar perfumes, los coreichitas resolvieron reconstruirla sobre el mismo plano, aunque dándole más ensanche, á causa del número siempre en aumento de devotos. Cuando sus paredes fueron levantadas hasta la altura en que debía colocarse la piedra negra, se suscitó una disputa entre las tribus, sobre á cuál de ellas pertenecería la colocacion de aquel objeto venerado. Ya iban á pasar de las palabras á las vías de hecho, cuando propusieron los ancianos que se atuvieran al primero que se presentara en el umbral de la casa cuadrada. La casualidad ó la destreza condujo allí á Mahoma: su parecer fué poner la piedra sobre una alfombra, y hacer que sostuviera sus orillas un miembro de cada tribu, sosteniéndola así hasta el lugar que le estaba destinado á la altura de un hombre. Fué seguido su consejo: entonces la cogió con la mano y la puso en su sitio.

Lo hábil de este expediente aumentó la consideracion que ya le habían granjeado su talento, su hermosura, su larga barba, sus vivos y penetrantes ojos, la expresion de su fisonomía, la eficacia de su palabra. Dotado de una memoria tan vasta como tenaz, de una imaginacion rica, de un juicio recto, hablaba el dialecto más puro, y había aprendido en la primer familia de la nacion á discurrir con elegancia. De consiguiente, tenía á la vez modales cultos y graves, aunque estaba tan atrasado en la educacion que no sabía leer ni escribir. No le faltaba más que ser rico; pero necesitando una viuda opulenta, llamada Cadija, de un hombre hábil y leal para dirigir sus negocios mercantiles, le tomó á su servicio; encantada después de su fidelidad, no menos que de su hermosura, le dió su mano, á pesar de que él no tenía más que veinte y cinco años y ella frisaba en los cuarenta (595). Abu-Taleb pagó el dote de 12 onzas de oro y de veinte camellos, y Mahoma se encontró en igual posición que las personas más pudientes de la Meca.

El objeto que se proponía era mucho más elevado. Orgullosa de descender del patriarca fundador de su nacion, se había mostrado inclinada desde sus primeros años á las meditaciones religiosas y á las discusiones dogmáticas. Cada mes de Ramadan se retiraba al fondo de la caverna de Heres, fortificando su espíritu con las poderosas lecciones de la soledad. Allí adquirió la conviccion de que la idolatria no había sido el primitivo culto

Coran; suposicion que no se funda en ningun documento antiguo. Otros le distinguen de Bahira.

de la Arabia; pero también puede suceder que adquiriera ideas más sanas sobre la divinidad en sus pláticas con algunos extranjeros cristianos, judíos ó persas, en sus correrías comerciales á Bosra y á Damasco; y que oyendo hablar de las diversas creencias rivales, se propusiera en su interior reducirlas todas á una sola, que sencillísima en sus dogmas, no excluyera ninguna. Hasta pudo saber que era favorable á una gran innovacion el estado del Asia, puesto que los hebreos suspiraban, donde quiera, por el libertador prometido; los persas languidecían agotados por las continuas guerras civiles; la Arabia estaba dividida entre tribus rivales, y la Grecia entre herejías impacientes. Pasó madurando su proyecto los quince años, durante los cuales nada dice la historia de su persona. Quizá la ardiente conviccion necesaria á todo el que se compromete en una vasta empresa, le hizo pensar que estaba destinado por el cielo á reformar el mundo; que era también «un profeta enviado al pueblo negro y al pueblo rojo, para abolir por medio de su religion todas las religiones anteriores.»

A la edad de cuarenta años (610), en que la vida está en toda su plenitud, hallándose en su acostumbrado retiro cuadragésimo con los individuos de su familia se le apareció una noche, mientras oraba, el ángel Gabriel, y le dijo: *Lee*; y habiendo contestado que no sabía, repuso Gabriel: «Lee en nombre de Dios criador: él formó al hombre uniendo los dos sexos. Lee en nombre de Dios adorable: él enseñó al hombre á servirse de la pluma: depositó en su alma un rayo de su sabiduría: ella es la verdad, y él se revela contra su bienhechor. Las riquezas fomentan su ingratitud; ciertamente volverá á Dios el género humano.» (3)

Mahoma contó su vision á Cadija, y le dijo como una voz le había declarado apóstol del Señor. Alegre con verse mujer del profeta de Dios, refirió ella el suceso de Varca, su deudo, que versado en la Sagrada Escritura, siendo cristiano y sacerdote, halló, según otros ejemplos, probable el relato, y proclamó á Mahoma profeta de los árabes. De vuelta á la Meca, Mahoma dió siete veces vuelta á la Caaba, fingió estar en comunicacion con el cielo, y adquirió prosélitos. El primero fué Ali, su primo, que apenas tenía doce años, y á quien miraba como hijo; luego Said, su esclavo, que mereció alcanzar de él su libertad; pero el más importante fué Abu-Bekr, uno de los diez magistrados de la Meca, que, gozando de mucho crédito en la ciudad, divulgó entre sus amigos la nueva creencia.

Mahoma la comunicó por espacio de tres años en secreto, hasta el momento en que declaró que Dios le había mandado que la proclamara ante el género humano. Encargó á Ali que preparara un cordero y un vaso de leche, convidando á toda la descendencia de Abdol-Motaleb. Acudieron en

(3) Este es el capítulo XCVI del Coran.

número de cuarenta; pero al fin de la comida se puso Mahoma á hablarles de su creencia, y Abu-Laheb le cortó la palabra en tono de burla. Afijido sin caer en el desaliento, renueva el banquete el Profeta al día siguiente, y anuncia á los convidados el don más precioso que jamás puede ofrecer un hombre, el contento en la tierra y la felicidad en el cielo, si abandonaban la idolatria para creer en un solo Dios, sin iguales. Añade: *¿Quién de vosotros quiere ser mi ayudante? (visir)*. Enmudecen todos poseídos de asombro. Ali rompe el silencio exclamando: *¡Yo! Y si se atreve alguno á alzarse en contra tuya, le romperé los dientes, le arrancaré los ojos, le quebraré las piernas y le abriré el vientre*. Abrazóle Mahoma y le presentó á los convidados, diciéndoles: *Hé aquí mi califa (vicario), respetadle; obedecidle*. Toda la asamblea soltó la carcajada; y volviéndose los circunstanciales á Abu-Taleb, le decían: *Magnífico, ahora tendrás que obedecer á tu hijo*.

Trayendo su autoridad la familia de los coreichitas de la custodia de la Caaba, minaba Mahoma su poder combatiendo la idolatria que se había refugiado allí. De consiguiente, lejos de prestar oídos á sus predicaciones, se declararon sus enemigos; solo Abu-Taleb tomaba su defensa, aunque rehusara abrazar sus doctrinas. Pero no pudiendo oponerse á toda la parentela conjurada, exhortó á su sobrino á desistir de su empresa, si quería no esponerse á los mayores peligros. Mahoma con la resolucion propia de un innovador le respondió: *Aunque pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en mi izquierda, no renunciaría á mi tarea*.

Se retiró á un lugar apartado; pero habiendo sido ultrajado allí por un árabe, Amza, hijo de Abdol-Motaleb, hirió con su arco de caza al temerario en plena asamblea; y viendo á los deudos de este aprestándose á la venganza, se proclamó musulmán en su presencia (4). Irritados los coreichitas resolvieron esterminar al Profeta, y el feroz Omar se puso con este fin en marcha; pero habiendo entrado en la travesía en casa de una de sus hermanas, oyó leer allí algunos capítulos compuestos por Mahoma. Prendose de ellos de tal modo, que se hizo también musulmán y consagró su feroz denuedo al servicio del Profeta.

Este continuaba exhortando á su nacion á que creyera: de vez en cuando publicaba algunos capítulos que le traía del cielo el ángel Gabriel, y

(4) *Islam* significa en árabe resignacion á Dios. El participio de *seilama* es *moslemón*, de donde se deriva el nombre musulmán. Los sectarios de Mahoma se llaman entre sí *muminin*, es decir, creyentes, fieles: por eso los primeros sucesores del Profeta tomaron el nombre de Emir-al-Muminin, Príncipe de los creyentes, estropeado por nuestros historiadores en Miramamolín. *Al-coran* quiere decir la lectura. El Coran se llama también *Al-kitab*, el libro por excelencia; *Kitab-Allah*, el libro de Dios; *Kelam scheryt*, la palabra santa, etc.

que formaron el Coran posteriormente: apoyaba su apostolado en este libro y en las tradiciones antiguas, representando como verdaderos musulmanes á Abraham, á Ismael y á todos los patriarcas anteriores. Siempre suspiraban los judíos por la venida próxima de un Mesías: muchas sectas cristianas aguardaban también el Paraclito prometido por Cristo: Mahoma pudo, pues, persuadirse ó persuadir á los demás de que era el mismo. Con efecto muchos pasajes del Coran aluden á este espíritu divino, á la efusion de una gracia sobrenatural, á una consolidacion de la religion.

Primera Egira.—Tenía en contra suya los intereses de los moradores de la Meca, que, independientemente de su adhesion á las divinidades nacionales, temían ver cesar las peregrinaciones de que sacaban su riqueza. Haciéndose la persecucion cada vez más amenazadora, Mahoma consintió en que sus parciales apelaran á la fuga, y ochenta y tres hombres, diez y ocho mujeres y algunos niños, obtuvieron por recomendacion suya un asilo hospitalario del negusc de la Abisinia, que rehusó entregarles á los coreichitas, y sin renegar de Cristo, reconoció el apostolado de Mahoma. Entonces los coreichitas profieren imprecaciones terribles contra los haschemitas, jurando no tener más vinculos ni comercio con ellos, y depositan este pacto de cólera escrito sobre pergamino en la Caaba. Los hijos de Haschem, musulmanes ó no musulmanes, se retiraron todos á la montaña con Abu-Taleb y Mahoma, y permanecieron allí tres años. Espirando este tiempo anunció Mahoma que aquel anatema había desagradado á Dios, y que para probarlo había enviado gusanos que royeran el escrito homicida, á escepcion del nombre de Dios que lo encabezaba. Abu-Taleb contó el hecho al enemigo, pidiendo que se comprobara, y que, de ser exacto, se alzara el anatema. Habiendo sucedido todo exactamente como Mahoma lo había anunciado, fueron reintegrados los escomulgados en sus derechos.

Año de luto.—Poco después murió Abu-Taleb (617) y fué seguido de cerca por Cadija, el más gran sosten y la más insigne creyente de Mahoma. Abu-Sofian, chaique de los Omniadas, que había llegado á ser principal personaje de la Meca, no cesaba, como idólatra ferviente, de molestar á Mahoma en la oracion, á la mesa, en la predicacion. Luego, cuando en tiempo de la peregrinacion esplicaba su doctrina á la muchedumbre, Abu-Laheb le contradecía ó hacia mofa de sus palabras.

«¿Qué te parece del que perturba al servidor de Dios cuando ora, cuando cumple la orden del cielo, cuando recomienda la piedad?»

«¿Qué pensar del infiel y del apóstata? ¿Ignora que Dios le ve?»

«Lo sabe; y si no abandona la impiedad, le arastraremos por los cabellos, por sus cabellos malos y embusteros. Llame á sus fieles, nosotros reuniremos á nuestros guardias.»

«Estas palabras son la verdad; no obedezcas al impio; adora á Dios y aproxímate á él.» (5)

De esta suerte hablaba el ángel al Profeta, quien, no desistiendo nunca, persuadía á muchas gentes de la verdad de su religion; y éstas al volver á sus hogares divulgaban entre sus allegados y juraban sostenerla en todas ocasiones. Mahoma halló especialmente parciales en Yatreb (*Medina*), ciudad importante y riquísima; y doce de los más celosos llegaron á la Meca á ponerse á disposicion del Profeta. Hasta entonces no habia exigido á los recién convertidos que reconocieran un solo Dios y se abstuvieran del robo, de la fornicacion, del infanticidio; mas ahora exigió de éstos, á quienes se llamó ansarianos, es decir, auxiliares, que sostuvieran la religion con toda su pujanza. *¿Si morimos por tu causa, oh, profeta de Dios! cuál será nuestra recompensa?—El Paraiso.* Y les envió á Yatreb, satisfecho de haberse proporcionado un asilo: también despachó en esta direccion á sus criados, quedándose en la Meca solo con Abu-Bekr y Ali.

Egira, 622.—Pero resueltos los coreichitas á hacer cesar este escándalo, pensaron en matar á Mahoma; y para que el odio y la venganza de los suyos no cayeran sobre una sola tribu, escogieron para el asesinato á un hombre de cada una de ellas. Rodea la tropa de asesinos la tienda del profeta, quien hace que Ali se acomode en su lecho, cubriéndole con su caftan verde, y mientras aguardan á que despierte, Mahoma halló medio de salir con Abu-Bekr y se lanza al desierto. Cuando ya tarde se aperciben sus enemigos de la sustitucion, dejan á Ali sin hacerle ningun daño y siguen las huellas del fugitivo, que se refugia en una de las numerosas cavernas de Tur. Como ve allí á su compañero asustado, le tranquiliza con palabras que se hallan repetidas á menudo en el Coran: *¿Porqué estás triste y desalentado? Dios está con nosotros.* Y Dios les protegió, porque una araña tegió su tela á través del antro (6), allí depositaron las abejas sus panales y una paloma sus huevos, lo cual hizo que ni aun siquiera entraran allí á registrar sus perseguidores.

Luego que pasó el primer furor del enemigo, pudieron llegar los fugitivos sin ningun peligro á Yatreb. Quinientos habitantes salieron al encuentro del Profeta, quien hizo su entrada sobre una camella, con la cabeza desnuda protegida por un quitasol, porque su turbante desliado era llevado delante de él en guisa de estandarte. Esta ciudad rival de la Meca por envidias de comercio, puso una casa y una mezquita á disposicion del Profeta,

(5) *Coran*, cap. XCVI.

(6) Lo mismo cuenta de David la tradicion judaica cuando huía de Saul. El segundo versículo del salmo LVII ha sido parafraseado por el *Targum* de este modo: «Rogaré al Todopoderoso, que hizo venir una araña, á fin de que tendiera su tela, por amor á mí, á la entrada de la gruta.»

adonde llegaron á reunirse Ali y otros criados. Trasformada Yatreb desde entonces en la ciudad bien amada y en especie de centro de la nueva fé, fué llamada Medinet-al-Naby, Ciudad del Profeta, ó Medina por excelencia.

Data la era de los mahometanos desde la fuga de Mahoma, es decir, desde el primero del mes Moharram, correspondiente al viernes 16 de Julio del año 622 (7).

Si hasta entonces se puede ver en Mahoma un celo sincero de purificar el culto nacional, si no cesa, segun costumbre de los débiles, de recomendar la tolerancia, su ambicion no tarda en aumentarse á medida de sus recursos, y piensa por último en establecer el reinado de Dios y el suyo con auxilio de la fuerza. Como se suscitaban disputas sobre preeminencia entre los ansarianos de Medina y sus discípulos de la Meca (8), las puso coto exigiendo de cada uno de éstos que tomara un habitante de Medina por compañero de su corazon en defensa de la fé; luego les dijo: «Abrazad la divina religion en un todo: no forméis cismas y acordaos de los favores de Dios. Erais enemigos y he imbuido en vuestro corazon un amor fraternal; rendidle gracias siempre.»

Mahoma entonces eligió á Ali, á quien dió por esposa Fátima, su hija querida; así como él se casó con Aichah, hija de Abu-Bekr, de edad de nueve años, única que le llevó su virginidad. Contaba á la sazón cincuenta y cuatro años. En seguida se ocupó de la organizacion de su culto. Impuso el ayuno del mes de Ramadan: debia anunciarse la hora de las oraciones, no al sonido de la trompeta, como entre los hebreos, ni al tañido de las campanas como los cristianos, sino de viva voz por el muezin; y recomendó á los fieles que cuando oran se volvieran hácia Jerusalem. Quizá su intencion era grangearse de este modo la voluntad de los cristianos y de los judios, para los cuales era aquella ciudad igualmente santa. Pero cuando perdió esta esperanza intimó á los creyentes, á fin de adular el patriotismo de los suyos, que desde cualquier punto volvieran el rostro hácia la Caaba.

Establecido en una ciudad cuya situacion era tan favorable para interrumpir el comercio de los árabes con la Siria, Mahoma comenzó á inquietar á las caravanas y vino á ser un mérito la rapiña, porque el cielo habia dicho: «La llave del paraiso es la espada: una gota de sangre derramada por la causa de Dios, una noche pasada sobre las armas

(7) *Al-Hegirah* significa emigracion. Esta era fué introducida por Omar diez y siete años después del suceso. Realmente la evasion tuvo lugar el 13 de setiembre de 622; pero no queriendo modificar Omar el año introducido por Mahoma, dejó que empezara la Egira por la nueva luna de Moharram, es decir, cincuenta y nueve dias antes del día verdadero.

(8) Moadgerianos, de *Mahadgerin*, los que emigraron con el Profeta.

y al raso, tienen más mérito que dos meses de ayuno y de oraciones. Los pecados del que muere en el combate le son perdonados, y sus heridas exhalan cierto perfume de ámbar y almizcle.» Informado de la llegada de una rica caravana escoltada por los coreichitas, fué á esperarla con trescientos trece de los suyos á Bedr, cerca del mar Rojo (14 de mayo de 624); y después de haber vencido á nueve-cientos cincuenta enemigos, mandados por Abu-Sofian, mandó decapitar á dos, independientemente de los setenta que habian perecido en la refriega. De orden suya, comunicada en nombre de Dios, se dejó la quinta parte del botin al Profeta para emplearla en obras piadosas: el resto fué distribuido en porciones iguales entre los soldados que habian combatido ó habian quedado para custodiar el campamento, las viudas y los huérfanos de los muertos: tocó doble á la caballeria. Catorce de los suyos que perecieron en la jornada de Bedr, bandoleros muertos en una agresion violenta, fueron los primeros mártires, los primeros santos del islam, que no debia propagarse sino á fuerza de agresiones.

Otras muchas veces derrotó á los coreichitas que se reunieron, al fin, en número de tres mil á las órdenes de Abu-Sofian. Enda, mujer de este caudillo, con otras quince de sus compañeras, tocaban los tambores y alentaban á los guerreros, recordándoles la sangre vertida en Bedr: de esta suerte se adelantaban contra Medina. Aunque Mahoma solo tenia consigo mil hombres y un solo caballo, les hizo frente en Ohod (23 marzo de 625); pero no habiendo sido sus órdenes bien ejecutadas, fueron derrotadas sus gentes, y si él pudo escaparse, fué con gran trabajo. Este desastre trastornó la fé en su apostolado; pero Gabriel envió del cielo su palabra: «Nos place alternar triunfos y reveses, á fin de que Dios conozca á los creyentes y elija á sus mártires entre vosotros... ¡Cuántos profetas combatieron á ejércitos numerosos sin desconsolarse por sus derrotas! No se desalentaron cayendo en la cobardía, y Dios ama al que es constante. Se contentaban con decir: «Señor, perdónanos nuestras culpas y el quebrantamiento de nuestros deberes y asistenos contra los infieles...» ¡Oh creyentes! Si prestais oídos á los infieles, ellos os reconducirán al error y perecereis. Dios es vuestro protector, ¿quién mejor que él podrá socoreros?... Ha cumplido sus promesas cuando perseguisteis á los enemigos derrotados; pero vosotros, escuchando los consejos del miedo, disputasteis sobre los mandatos del Profeta y los violasteis después de haber alcanzado el botin, objeto de vuestros deseos. Muchos de vosotros aspiraron á los bienes de este mundo, otros á la vida futura. Dios se sirvió de vuestros enemigos para ponerlos en fuga y probaros: no habeis oído la voz del Profeta que os llamaba al combate, y Dios os ha castigado por vuestra desobediencia. Pero no os desconsuelen la pérdida del botin y el infortunio: Dios conoce cada una de vuestras obras. Después

de lo sucedido, hizo descender la seguridad y el sueño sobre algunos de vosotros: los otros en su inquietud se atrevian á tachar á Dios de mentira. *¿Son éstas, decian, las promesas del Profeta?* Respondeles: *El Altísimo es el autor de la derrota.* Ellos replican: *Si las promesas que se nos hicieron hubieran sido fundadas, ninguno de nosotros hubiera sucumbido.* Respondeles: *Aquellos para quienes fué fatal la jornada, hubieran llegado á caer en el lugar donde han muerto, aun habiéndose quedado en su casa, á fin de que el Señor conociera sus razones: á él es á quien pertenece este conocimiento...* ¡Oh creyentes! No os asemejéis á los que convertidos en infieles han dicho: «Nuestros hermanos han perecido en la guerra; de haberse quedado con nosotros, no hubieran muerto.» Palabras impías que costarán suspiros á muchos. Dios da la vida y la muerte: ve vuestras acciones: si pereceis defendiendo la fé, vale más la misericordia de Dios que las riquezas. Ya murais ó seais muertos todos, compareceréis ante el tribunal de Dios. No creais que los que han sucumbido estén muertos, no; viven y reciben su alimento de manos del Altísimo. Se regocijan ébrios de gozo, colmados de las gracias del Señor, y todo el que siga sus huellas, quedará exento de penas y de temores. Se regocijan porque el Señor, que no deja á los fieles sin recompensa, vertió sobre ellos los tesoros de sus beneficios (9).»

Estas palabras hicieron cobrar aliento á los musulmanes, y los coreichitas no se atrevieron á proseguir la victoria. Prefirieron recurrir á las traiciones y á una persecucion encarnizada de la que pudo escaparse, no sin gran trabajo, el Profeta; pero reanimó la confianza de los suyos con nuevas victorias, avasallando á muchas tribus en los confines de la Siria.

En un principio habia esperado grangearse la voluntad de los judios, y se hubiera proporcionado una gran ventaja si hubiera logrado persuadirles de que era el Mesias esperado, confirmando semejante creencia con victorias; pero no pudieron decidirse á reconocer en un extranjero á aquel á quien habian anunciado los profetas. Mahoma concibió desde este instante un odio mortal hácia ellos, y Gabriel le intimó que exterminara á la tribu judia de los koraiditas. En su consecuencia les atacó con un ejército numeroso. Ellos le dijeron como á Calígula: *No sabemos manejar las armas, pero hemos conservado la creencia de nuestros padres. ¿Por qué quieres reducirnos á la necesidad de una justa defensa?* Hallándose muy luego en el último apuro se remitieron á la decision de Saad, principe de los awasitas, suponiéndole su amigo. Este, que habia cambiado de fé, condenó á los hombres á morir, á las mujeres y á los niños á ser esclavos, y adjudicó todos sus bienes al enemigo. Setecientos infelices inermes fueron metidos vivos dentro de un foso y sepultados delante del

(9) *Coran*, c. XXVI.

Profeta. Cuanto poseían fué dado por el privilegio del cielo á Mahoma, quien gratificó con ello á los más valientes musulmanes, reservándose la más hermosa cautiva.

Guerra de las naciones.—Otras poblaciones fueron también sometidas, y hasta los mostalequitas, una de las tribus más antiguas de la Arabia. Jawaira, hija de su jefe, aumentó el número de las mujeres con que poblaba su harem el apóstol guerrero y voluptuoso. Recelosos los coreichitas con el aumento de su pujanza, llamaron á las armas á todos sus aliados, y atacaron á Medina en número de diez mil hombres (marzo de 626); pero después de haber tomado el intrépido caudillo de los creyentes las más hábiles disposiciones para la defensa, hizo que les saliera mal el largo sitio de la plaza, y fatigó al enemigo, obligándole por último á dispersarse.

Entonces pensó en tomar su desquite y preparó una expedición contra la Meca. Supieronlo sus adversarios y le enviaron un príncipe de los takifitas, llamado Arva, quien le dijo: *Los coreichitas se han vestido la piel del leopardo y no entrarás en la Meca sino á viva fuerza.* Cuando el príncipe idólatra estuvo de retorno cerca de los que le habían enviado, les dijo: *He vivido en la corte de los emperadores: he visto á Cosroes en todo el esplendor de su gloria; he visto á Heraclio rodeado con el fausto de los Césares; pero ningún rey es venerado de sus súbditos, como Mahoma de sus compañeros de armas. Si hace sus abluciones se recoge el agua de modo que no se desperdicie una gota. Si se le cae un cabello se conserva cual si fuera una reliquia: si escupe, hay allí quien reciba su saliva.*

Movidos los coreichitas por este relato, entraron en acomodos. Se convino en que las tribus serían libres de aliarse con ellos ó con los musulmanes, y en que estos podrían visitar la ciudad santa, á condición de ir sin armas y no prolongar allí su morada más de tres días. Como murmurasen los suyos al ver frustradas sus esperanzas de saquear la Meca, Mahoma les guió contra los judíos del Kaibar, y después de haber dado muerte á su caudillo, se casó con su viuda. En esta expedición Ali había dividido en dos pedazos al atético Marah. Su hermana Zeinab resolvió vengarle, á consecuencia de la necesidad de represalias, que es una religion entre los árabes, y para ello sirvió al Profeta un cordero envenenado: inmediatamente se apercibió de la existencia del veneno; pero lo poco que había gustado le puso en gran peligro, causándole padecimientos durante el resto de su vida. Interrogada acerca del origen de aquel delito, Zeinab respondió: *Si fueras profeta, te hubieras escapado del peligro, de no serlo, hubiera liberado de un impostor al mundo.*

Entre tanto la nueva creencia se divulgaba con la ruina de la idolatría. Ommiah, príncipe versado en el conocimiento de los libros santos y seducido por los triunfos de Mahoma, resolvió también tentar fortuna y hacer que se le reputara como pro-

feta. De consiguiente se puso en marcha desde Siria á la Meca; y pasando cerca del campo de batalla de Bedr, le enseñaron el foso en que habían sido metidos los jefes de los coreichitas; echó pié á tierra, cortó las orejas á su camello, y cantó una larga elegía, en la cual había estos versos:

«¿No he llorado por los nobles hijos de los príncipes de la Meca?

»A la vista de sus despedazados huesos he llenado el aire con mis gemidos, á semejanza de una tórtola oculta en el fondo de una selva.

»Madres infortunadas, prosternad la frente en tierra y mezclad vuestros suspiros con mis gemidos.

»Y vosotras, mujeres que seguís los convoyes, cantad lamentaciones fúnebres interrumpidas por prolongados sollozos.

«¿Qué se hicieron en Bedr los príncipes del pueblo, los jefes de las tribus?

»Yacen desnudos y sin vida el veterano y el bisoño.

«¿Cuál habrá mudado de aspecto la Meca!

»Parece como si tomaran parte en mi dolor estas desoladas llanuras, estos desiertos inhospitales.»

Y aquí, poseído de dolor, espiró (10).

Sabedores de las victorias de su maestro los que se habían refugiado en Abisinia, volvieron á su lado con presentes y felicitaciones del negusc. Hasta el Yemen llevaron el estandarte del islam los generales de Mahoma; y resuelto entonces á propagar su fé fuera de la península, escribió á los príncipes limitrofes, sellando sus cartas con un sello de plata en que estaba grabado: *Mahoma, apóstol de Dios.* Irritado Cosroes al recibir este mensaje, viendo que estaban allí omitidos los títulos y expresiones debidos á su categoría, hizo pedazos la carta. Cuando lo supo Mahoma, exclamó: *De ese mismo modo despedazará Dios su reino.* Heraclio, emperador de Constantinopla, recibió la epístola con respeto, aunque no ocupándose más de ella. Mu-Kaukas, intendente de Egipto, que se había sustraído á la dominación imperial tomando el título de príncipe de los coitos, envió al Profeta una mula blanca, un asno, vestidos de lino, miel, manteca, aunque sin admitir su religion. Badan y Al-Mundar, gobernadores del Yemen y del Bahréin, en nombre del rey de Persia, abrazaron el islamismo y siguieron su ejemplo otros muchos. Profería el Profeta, contra los que no creían en su misión, terribles amenazas. Habiendo dado muerte el gobernador griego de Muta á uno de sus embajadores, hizo la guerra á los griegos; este fué el preludio de los combates que el estandarte del Profeta debía dar á la cruz imperial durante tantos siglos. Cuéntase que cien mil *rumos*, es decir, súbditos del imperio griego, empuñaron las armas

(10) ABU'L-FEDA, *Vida de Mahoma*, pág. 63.

y fueron derrotados por un puñado de musulmanes (setiembre de 629).

Mahoma se aprovechó del tratado celebrado con los coreichitas para emprender la peregrinación á la Meca: rapóse, pues, la cabeza y se dirigió allí con setenta camellos que fueron inmolados. Entonces creyeron en él muchos de sus adversarios, pero gimió al ver la idolatría en el santuario de Abraham. Lo que quizá le conmovió más fueron los tesoros de esta ciudad y el odio inestinguible que le profesaban los coreichitas. Efectivamente, poco después se determinó á arrojarles de sus hogares; enarbó el estandarte y marchó contra la Meca. Habiendo sido hecho prisionero Abu-Sofian, su enemigo mortal, abrazó el islamismo, y después de hacerle ver los preparativos formidables del Profeta, se le dió libertad á fin de que los pusiera en conocimiento de los suyos. Entonces se informó á los moradores de la Meca por una proclama, de que todo el que se encerrara en su casa ó se refugiara ora en la Caaba, ora en la mansion de Abu-Sofian, salvaría la vida. El mismo Profeta, vestido de rojo, se pone á la cola del ejército, y después de orar monta en su camello y manda que empiece el asalto (630). Solo costó la vida á dos musulmanes la toma de la Meca, y habiéndose dirigido Mahoma al templo, derribó con sus propias manos los trescientos sesenta ídolos que se encontraban dentro de aquel recinto. Convocando luego á los principales moradores, les preguntó: *¿Cómo esperáis que os trate? á lo que respondieron: De tí, generoso hermano, hijo de un generoso padre, solo aguardamos beneficios;* y el Profeta repuso: *Quedad libres.*

Su clemencia, como la de todos los príncipes, se ejerció con algunas reservas; y aunque una ley del cielo declarase que el territorio sagrado no debía ser manchado con sangre, Mahoma hizo que le fuera revelada otra, que por aquella vez le permitía dar muerte á cuatro hombres y á tres mujeres de los más tenaces. Proclamado señor espiritual y temporal sobre la colina al-Safa (12 de enero), recibió el juramento del pueblo allí reunido: bajando luego á la Caaba, dió siete veces la vuelta á su alrededor, tocó y besó la piedra negra, se volvió hácia los cuatro puntos cardinales y exclamó: *¡Dios es grande!* hizo la ablución y la oración dentro y fuera, y luego predicó al pueblo á quien había conducido á la unidad. Empleó los quince días que permaneció en la ciudad en consolidar bien la religion y el gobierno; envió por aquellos alrededores á abolir la idolatría; recibió la sumisión de algunas tribus; redujo á otras por la fuerza; calmó el inquieto impetu de los coreichitas y dejó satisfechos á los ansarianos.

Año de embajadas, 630-31.—Entonces llegaron embajadores de todas partes á Medina. Les acogía y ponía por primera condición de todo tratado de alianza la destrucción de los ídolos. Enseguida se preparó á hacer la guerra á una liga de árabes y de griegos en la frontera de la Siria, no ya por

medio de escursiones, cuya rapidez y sorpresa bastaban para asegurar el triunfo, sino dando grandes batallas, espuso á los creyentes los nuevos peligros y las dificultades, exhortándoles á ayudarle cada uno según sus fuerzas. Sus parciales rivalizaban en celo relativamente á proporcionarle socorros; pero el pueblo murmuraba alegando lo excesivo de los calores. Vanamente les respondió: *Mucho más calor hará en el infierno,* y escomulgó á algunos, pero la expedición no pudo ser coronada con el triunfo, que parecían prometerle diez mil ginetes y un número doble de infantes, aunque muchos príncipes verificaran su sumisión, tanto al paso del ejército como en las inmediaciones de la frontera. Esta fué la última expedición dirigida por el Profeta en persona (11).

A fin de que no se entibiara la imaginación de los árabes, envió una numerosa peregrinación á la Caaba á las órdenes de Abu-Bekr con todas las ceremonias que, prescritas por el Profeta, debían ser perpetuamente rituales. Allí recitó entonces el capítulo de la *conversión ó penitencia*, recientemente revelado á Mahoma; es importante citarle como resumen de los principales hechos y del derecho público de la nación.

«Anuncia esto de parte de Dios y del Profeta á los idólatras con quienes celebres alianza.

»Viajad en seguridad por espacio de cuatro meses, y pensad en que no podéis detener el brazo de Dios, y en que Dios cubrirá de oprobio á los infieles.

»Dios y su enviado declararon lo siguiente: después de los días de la gran peregrinación ya no hay remisión para los descreídos. Convertios, pues; si persistis en la incredulidad, no podéis eludir la venganza celeste. Vaticina dolorosos suplicios á los infieles.

»Mantened hasta el fin la alianza contraída con los idólatras, si es que ellos la observan y no socorren á vuestros enemigos. Dios ama á quien le teme.

»Una vez fenecidos los meses sagrados, dad la muerte á los idólatras donde quiera que los encontréis. Cogedlos, asediadlos, tendedlos lazos por todas partes. Dejadles en paz si se convierten, si cumplen las oraciones y pagan el tributo sagrado: el Señor es clemente y misericordioso.

»Otorga un salvoconducto á los idólatras que te lo demanden para oír la palabra divina; dales seguridad para la vuelta, porque están sumergidos en las tinieblas de la ignorancia.

»Pueden celebrar pactos con los idólatras Dios y el Profeta? Sí, con tal de que observen el tratado concluido junto al templo de la Meca: entonces también debéis mantenerlo vosotros. Dios ama á quien le teme.

»¿Cómo lo observarán ellos? Si es suya la ventaja, no les estorbaran ser perjuros los vínculos de

(11) *Coran*, cap. IX.